

La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

Nota introductoria y traducción
de Ivana Palibrk

© Ivana Palibrk, por la introducción
y la traducción, 2018



El aoristo, ese tiempo verbal intraducible a los idiomas que desconocen su existencia, es una marca de los textos de la literatura serbia del siglo XIX. Se trata, en efecto, de un tiempo pasado, pero que «considera la acción como un momento reciente». Es decir, enlaza de una manera propia el pasado con el presente. Sin embargo, no lo hace del mismo modo en que lo hace el pretérito perfecto, dado que se trata indudablemente de una acción pasada y terminada, pero con las consecuencias perceptivas en el presente. Su uso en textos como los que presentamos hoy en *Hélice* (*Estigma*¹ y *En el siglo XXI*²) es bastante habitual y para cualquier lector que se acerque a ellos desde el original transmite una cierta pátina de antigüedad, de arcaísmo. Es más, se trata una característica bastante distintiva que, sin duda, nada más leerlo, situará al lec-

tor en su época correspondiente. La problemática del aoristo, por lo tanto, está en el concepto asociado de temporalidad, al igual que ocurre en la ciencia ficción y, a su vez, en la sátira. Partiendo de un postulado clásico de la ciencia ficción (hablar del futuro implica siempre hablar del presente), el aoristo, de una manera sumamente poética, subsana el vacío dejado por los tres ejes temporales: el pasado, el presente y el futuro.

¹Publicado por primera vez en 1899 en la revista *Zvezda*. La edición de 1901, *Kraljević Marko po drugi put među Srbima. Danga. Voda*, Belgrado: Nakladom knjižare Vel. Valožića, 1901, se encuentra disponible en su versión electrónica en la siguiente página web de la Biblioteca Nacional de Belgrado: http://www.digitalna.nb.rs/wb/NBS/Knjige/Zbirka_knji-ga_Radoja_Domanovica/Kraljevic_Marko_po_drugi_put_medju_Srbima_Danga_Vodja#page/4/mode/1up (última fecha de consulta: 27 de octubre de 2018). Para la presente traducción se ha usado una de las últimas ediciones publicadas: «Danga» en Domanović, Radoje, *Voda i izabrane satire*, Belgrado: Vulkan, 2017, págs. 19-27.

² Publicada por primera vez en 1895 en la revista *Potpورا*. Para la presente traducción se ha usado una de las últimas ediciones publicadas: «U XXI veku» en Ranković, Svetolik, *Pripovetke*, Belgrado: PortaLibris, 2017, págs. 123-135.





La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

Al reescribirse estos textos en castellano, esa peculiaridad se pierde inevitablemente, lo cual hace que se desfamiliaricen, en el sentido formalista del término, al igual que podemos desfamiliarizarlos al leerlos en clave de ciencia ficción o, mejor dicho, protociencia ficción. Para ir encauzando estas afirmaciones, hay que aclarar que los dos autores, tanto Radoje Domanović como Svetolik Ranković, son grandes representantes del realismo serbio del siglo XIX y del comienzo del siglo XX. El realismo más típico y más formulario de la palabra. Aunque es cierto que Domanović, a diferencia de Ranković (y pese a su corta edad, dado que murió a los 35 años; curiosamente como Ranković, que murió a los 36), ha quedado consagrado como el mayor escritor satírico de la literatura serbia y siguió la larga trayectoria de los escritores del género. Las obras de Domanović, en su gran parte cuentos, se han definido casi siempre como antiutopías satíricas, y entre las más famosas están sin duda: *Voda* (*El líder*), que es la historia de un pueblo que sigue a un líder que al final resulta ser ciego, y *Stradija* (*El país de la tribulación*), que es una visión trastornada, casi esperpéntica, de la realidad política del país de la época.

Los dos escritores, cada uno en su línea, compartían lo que podríamos llamar el sentimiento trágico de la vida, un realismo fuera de lo idílico y lo perfecto; un realismo crítico desde la fórmula satírica, en el caso de Domanović, y desde la fórmula de lo psicológico en el caso de Ranković. Los dos cuentos elegidos parten de una idea distópica, muy al estilo de Huxley o Orwell, pero son más locales y bastante formularios. El elemento onírico es una clara excusa en los dos casos para la crítica del presente, pero con dos fondos un tanto diferentes. Mientras que Domanović busca en lo contextual y en lo exterior la razón de un posible malestar (fue uno de los opositores

y críticos más abiertos contra el régimen absolutista del rey Alejandro Obrenović), Ranković encuentra la raíz del mismo problema en el individuo, en la profundidad del malestar del ser humano, achacando el problema del momento a la acción de ese individuo. Los dos son defensores de los valores perdidos, del orgullo personal y nacional, en contra del seguimiento ciego de un líder y de una estructura opresora. Sin embargo, mientras que *Estigma*, por muy abierta y clara que sea su sátira, guarda cierta nota humorística muy actual, *En el siglo XXI* es muy difícilmente actualizable, debido a su extraña misoginia.

A diferencia de tantas obras prospectivas, cuyos argumentos suelen ser a menudo más prometedores y más interesantes que la propia realización, *Estigma*, pese a un planteamiento bastante simple, va ganando su valor recorriendo aquellos trastornos de valores reflejados en todos los planos, desde lo retórico hasta lo semántico. Son pequeños destellos de brillantez los que pueden parecer atractivos al lector actual, no el marco del cuento. Y, mientras que Domanović va ganando puntos a lo largo de la lectura, Ranković, que empieza con una propuesta aparentemente mucho más interesante y compleja (el nuevo mundo está gobernado por las mujeres que han conseguido parar «aquellas desafortunadas guerras suyas»), va perdiendo su fuerza, simplificando la crítica de la automatización de las relaciones sociales, del control del Estado sobre el individuo, de la pérdida de libertades individuales basándolos en la aberración suprema: la dominación de las mujeres sobre los hombres. El elemento del problema del líder absoluto y una estructura alienante se refuerzan aquí con la debilidad y la moldeabilidad del sexo femenino. Hay que reconocer que sorprende bastante aquella falta de perspectiva de Ranković, incluso hablando en un nivel más local, dado que solo unos años des-



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

pués, otro escritor menos reconocido, Dragutin Ilić, en su obra *Posle milijun godina (Después de un millón de años)*³ había planteado una sociedad dominada por un tipo de seres espirituales, entre los cuales estaban las mujeres gobernantes, que se basaban en la razón por encima de la emoción, en lo que se considera una de las primeras obras dramáticas de ciencia ficción, pero con muchos más niveles interpretativos y menos reduccionista que otras de su tiempo.

La segunda mitad del siglo XIX en Serbia, un momento que ha quedado definido por los conflictos (el conflicto entre el sistema antiguo de gobierno de los otomanos y un Estado moderno que no sabe encontrar su camino en la modernidad; el conflicto entre el pueblo y la ciudad y, finalmente, aunque a trazos, el conflicto entre la mujer y el hombre) dio lugar a innovaciones literarias que permitirían a sus autores un campo más amplio y más libre

de actuación. Aunque bien es cierto que no se atrevían a definir estas nuevas formas como ciencia ficción, cumplían con los parámetros y el género estaba muy presente en sus formas rudimentarias a finales del siglo XIX.

Últimamente, aunque de manera muy tímida, la crítica y la academia serbias empiezan a situar cuentos como estos en el contexto de la ciencia ficción. Este es el caso del estudio de Bojan Jović, *Radanje žanra, počeci srpske naučno-fantastične književnosti*⁴ (*El nacimiento de género, los comienzos de la literatura de ciencia ficción serbia*) que permite definir obras canónicas como de ciencia ficción.

Si nos aflige perder el aoristo, como nos aflige el no conseguir traer todo ese tiempo pasado al presente de lectura de estos cuentos, al leerlos como «prospectivos» salimos ganando, porque lo prospectivo se impone cada vez más en la batalla de la temporalidad.

³ Ilić, Dragutin, *Posle milijun godina. Sekund večnosti*. Belgrado: PortaLibris, 2017. Publicada por primera vez en 1889 en la revista *Kolo*.

⁴ Jović, Bojan, *Radanje žanra, počeci srpske naučno-fantastične književnosti*, Belgrado: Institut za književnost i umetnost, 2006.



Radoje Domanović

Estigma

Tuve un sueño aterrador. No me sorprende el sueño en sí, sino el hecho de que tuviera el coraje de soñar cosas tan terribles, dado que soy un ciudadano tranquilo y ejemplar, el niño bueno de esta atormentada madre nuestra, Serbia, como lo somos todos sus hijos. Si por lo menos pudiese decir que hago excepciones, a diferencia de los demás... Pero la verdad es que no, que hago exactamente lo mismo que ellos e incluso mi conducta es más cuidadosa que la de los demás, sin comparación posible. Una vez vi en la calle un botón brillante descolgado del uniforme de algún policía, me fijé en su maravilloso resplandor y, justo cuando estaba a punto de pasar, embriagado por unos dulces pensamientos, mi mano empezó a temblar y se fue sola hacia la gorra; la cabeza se inclinó hacia el suelo *motu proprio* y mi boca tomó la forma de una agradable sonrisa con la que, normalmente, todos nosotros saludamos a los mayores.

«¡Qué sangre más noble fluye por mis venas! Otra cosa no puede ser», pensé en ese momento y miré con desdén a un mendigo que pasó justo en ese instante y, con descuido, pisó aquel botón.

—¡Desgraciado! —exclamé encolerizado. Escupí y seguí mi camino tranquilamente paseando, pensando a modo de consuelo que este tipo de desgraciados son muy pocos y me sentí extrañamente agradecido por ser premiado por Dios con un corazón tan fino y noble, con la sangre caballeresca de nuestros antepasados.

Pues, ahora que ven la maravillosa persona que soy y como no soy para nada diferente de los demás ciudadanos ejemplares, se sorprenderán por el hecho de que precisamente a mí, en mi sueño, se me ocurrieran aquellas cosas tan terribles y tan estúpidas.

Aquel día no ocurrió nada inusual. Tuve una buena cena y, tras terminar, me estuve limpiando los dientes con un palillo, tomando

unos sorbitos de vino y después, dado que había empleado todos mis derechos civiles de manera tan audaz y consciente, me acosté en mi lecho y cogí un buen libro para quedarme dormido cuanto antes. Muy pronto el libro —dado que, por supuesto, cumplió mi deseo— se deslizó de mi mano y me quedé dormido cual cordero con la conciencia tranquila, teniendo en cuenta que había cumplido con mis obligaciones.

De repente me hallé en una especie de carretera estrecha, montañosa y llena de barro. Una noche fría y oscura. El viento aullaba a través del ramaje deshojado y cortaba directamente allá donde alcanzaba la piel desnuda. El cielo oscuro, aterrador y mudo; y la nieve fina entraba en los ojos y golpeaba la cara. No había rastro de nadie. Avancé precipitadamente mientras resbalaba por el camino lleno de barro, a veces a la derecha y, a veces, a la izquierda. Me tambaleaba, cayendo, y al final me desvié. Vagabundeé así, Dios sabrá por dónde. La noche no fue una breve noche cualquiera, sino una noche larga como un siglo, mientras yo seguía caminando sin saber en qué dirección.

Fui así durante muchos años y partí a algún sitio lejano, lejos de mi hogar a un lugar desconocido, a un país extraño del que supongo nadie sabrá nada y que, seguramente, solo se puede conocer en los sueños.

Deambulando por aquel país llegué a una ciudad grande, llena de gente. En un espacio mercado de esta ciudad se juntó una muchedumbre y se montó un alboroto tal que a uno le aturdían los oídos. Me hospedé en una posada que daba justo a aquel mercado y pregunté al mesonero por qué se había juntado todo ese gentío.

—Somos un pueblo tranquilo y ejemplar —empezó a contarme—. Somos fieles y obedecemos a nuestro villano.

—¿Acaso aquí el villano es el más importante? —le interrumpí con la pregunta.



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

—Aquí gobierna el villano y es el más importante; después de él vienen los guardias civiles.

Solté una risa.

—¿Por qué te ríes...? ¿Acaso no lo sabías...? ¿Y de dónde vienes?

Le conté cómo me perdí y que soy de un país lejano llamado «Serbia».

—¡He oído cosas sobre ese país tan famoso! —susurró aquel hombre para sí mismo y me miró con respeto, para luego dirigirme la palabra en voz alta:

—¡Pues así es aquí! —siguió él—. El villano gobierna con sus guardias civiles.

—¿Qué tipo de guardias civiles tenéis?

—Verás, hay todo tipo de guardias civiles y se distinguen por el rango. Están los que son más altos y los hay más bajos... Es decir, somos un pueblo tranquilo y ejemplar, pero todo tipo de mindundis de nuestro alrededor viene aquí a corrompernos y a enseñarnos el Mal. Para distinguir a todos nuestros ciudadanos de los demás, el villano dictó ayer una orden para que los ciudadanos locales fueran al juzgado local, donde cada uno de ellos recibiría un sello en la frente. Por eso se ha juntado la gente, para ponernos de acuerdo sobre la manera de proceder.

Me estremecí y pensé que lo mejor sería huir de ese país lo más rápido posible, porque yo, aunque soy un noble serbio, no estoy muy acostumbrado a una caballerosidad tan abrumadora y ¡me sentí incómodo!

El mesonero se ríe bondadoso, me dio una palmadita en el hombro y me dijo con desdén:

—Oye, extranjero, ¿ya te has asustado?! ¡La verdad es que coraje como el nuestro no hay!

—¿Y qué pensáis hacer? —pregunté tímidamente.

—¿Cómo qué pensamos? ¡Ya verás tú lo que es nuestro heroísmo! Coraje como el nuestro no vas a encontrarlo en ningún sitio,

te digo. Igual has visto mucho mundo, pero seguro estoy de que no has conocido héroes como nosotros. ¡Vamos juntos hacia allá! Tengo que darme prisa.

Cuando estábamos a punto de partir, escuchamos el chasquido de un látigo delante la puerta.

Miré a hurtadillas hacia fuera y vaya si había algo que ver: un hombre con una gorra brillante de tres cuernos, en un traje multicolor, a caballo sobre otro hombre vestido con un caro traje de corte normal, burgués, se paró ante la posada y bajó.

El mesonero salió e hizo una reverencia hasta el suelo mientras aquel hombre de traje multicolor entraba al mesón y se sentaba en una mesa especialmente decorada. El hombre de traje burgués se quedó esperando en frente del mesón. El mesonero también hizo una profunda reverencia ante él.

—¿Qué significa todo eso? —pregunté confuso al mesonero.

—Pues el que entró en la posada... Ese es un guardia civil mayor y aquel otro es uno de nuestros ciudadanos más eminentes, nuestro mayor rico y mayor patriota —susurró el mesonero.

—Pues ¿por qué permite que se le monten encima?

El mesonero me lanzó una señal con la cabeza y nos apartamos un poco. Soltó una sonrisa un tanto despreciativa y dijo:

—¡Pues aquí es considerado de gran honor que muy pocos tienen la suerte de experimentar!

Me contó no sé cuántas cosas más; sin embargo, no discernía mucho de lo que oía, de tanta excitación. No obstante, oí muy bien las últimas palabras:

—¡Este es un favor a la patria que no sabe y no puede apreciar cualquier pueblo!

Llegamos a la asamblea, donde ya había comenzado la elección de la presidencia.



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

Un grupo señaló como su candidato para presidente a un tal Kolb, si recuerdo bien el nombre; el otro grupo eligió a un tal Talb, mientras que el tercero escogió, a su vez, a su propio candidato.

Se armó un alboroto tremendo; cada grupo quería colocar a su hombre.

—Creo que no tenemos un hombre mejor para presidente de una asamblea de tal importancia —decía uno del primer grupo—, porque sus virtudes civiles y su coraje nos son muy bien conocidos. Creo que no hay nadie entre nosotros al que los grandes hayan montado más a menudo que a él.

—Pero ¿con qué razón hablas tú? —chillaba uno del otro grupo—. ¡A ti no te han montado ni un solo aprendiz!

—¡Conocemos de sobra vuestras virtudes! —gritó alguien del tercer grupo—. Vosotros no habéis recibido un solo golpe de látigo sin gimotear.

—¡Intentemos entrar en razón, hermanos! —decía Kolb—. Cierto es que a mí me han montado muy a menudo nuestros dignatarios; llevo ya diez años y me han fustigado sin que yo soltara ni un solo gemido, pero aun así puede que haya personas más merecedoras. Puede que haya gente más joven y mejor.

—¡No hay, no hay! —vociferaban sus electores.

—¡No queremos ni oír hablar de aquellos méritos antiguos! ¡Hace ya diez años que han montado a Kolb! —gritaban los del tercer grupo.

De repente se calmó el bullicio; la gente se apartó formando un pasaje en el que vi a un hombre joven, de treinta años. En cuanto apareció, todas las cabezas hicieron una profunda reverencia.

—¿Quién es este? —susurré al mesonero.

—Este es el adalid de la ciudadanía. Un hombre joven, pero promete mucho. A su corta edad ha conseguido que el villano le mon-

tara ya tres veces. Ha conseguido más popularidad que nadie hasta ahora.

—¿Puede ser que le vayan a elegir a él? —pregunté.

—Casi seguro, dado que todos los candidatos que aparecieron hasta ahora son mayores y, aparte de eso, ya se han quedado anticuados, mientras que a este el villano le montó justo ayer.

—¿Cómo se llama?

—Kleard.

Le hicieron un sitio de honor.

—Creo —dijo Kolb interrumpiendo el silencio— que no nos hace falta buscar un hombre mejor para este puesto que Kleard. Es joven y, aun así, nosotros, los mayores, no nos podemos comparar con él ni de lejos.

—¡Sí, eso es! ¡Viva Kleard! —resonaban todas las voces.

Kolb y Talb le llevaron para que pudiera ocupar la presidencia.

De nuevo, todos hicieron una profunda reverencia y justo después se quedaron en silencio.

—¡Gracias, hermanos, por esta atención y este honor tan excelentes que me han mostrado de manera tan unánime! Sus esperanzas, que abrigo en mi persona, son demasiado halagadoras. Es una tarea ardua gestionar los deseos populares en estos días tan importantes, pero yo dedicaré todas mis fuerzas a poder justificar su confianza, para representarnos sinceramente en todos los sitios y para seguir manteniendo muy alta mi reputación. ¡Gracias, hermanos, por su elección!

—¡Viva, viva, viva! —rompieron a aplaudir por todos lados.

—Ahora, hermanos, permítanme que, desde este lugar, pronuncie un par de palabras sobre este evento tan importante. No es fácil aguantar las penurias y los dolores que nos esperan; no es fácil aguantar que nos sellen la frente con hierro ardiente. Sí, estas son



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

penurias que no todo el mundo puede soportar. Dejen que los cobardes tiemblen y palidezcan de miedo, pero ni por un solo segundo debemos olvidar que somos descendientes de nuestros audaces antepasados, que por nuestras venas fluye la sangre noble, la sangre heroica de nuestros abuelos, aquellos grandes caballeros que no se inmutaban al morir por la libertad y por el bien de todos nosotros, sus descendientes. Insignificantes son estas penurias comparadas con las suyas. ¿Acaso nosotros nos vamos a mostrar ahora como una generación más podrida y más cobarde, con todos estos bienes y esta abundancia? Cualquier patriota verdadero, cualquiera que no quiera que nuestra tribu se avergüence ante el mundo, soportará el heroico y viril dolor.

—¡Sí, eso es! ¡Viva, viva!

Aparecieron un par de oradores apasionados más, que animaron al pueblo sobrecogido y dijeron casi lo mismo que Kleard.

Un pálido y endeble viejo, con el rostro arrugado, el cabello y la barba blancos como la nieve, pidió la palabra. Sus piernas temblaban de vejez, su espalda estaba doblada y las manos le temblaban. Su voz vibraba y en sus ojos brillaban unas lágrimas.

—¡Hijos! —empezó, y las lágrimas corrían por sus mejillas arrugadas y caían sobre la barba blanca—. Yo lo tengo muy difícil y voy a morir en breve, pero me parece que es mejor no permitir una vergüenza de esta magnitud. Tengo cien años y he vivido todo este tiempo sin ello... ¿Acaso me deberían poner ahora un sello de esclavo en esta cabeza endeble?

—¡Abajo con esa escoria de viejo! —vociferó el presidente.

—¡Abajo con él! —gritaron unos.

—¡Cobarde vejestorio! —gritaron otros.

—¡En vez de alentar a los jóvenes, siembra miedo entre la gente! —gritaron los terceros.

—¡Debería avergonzarse de su cabello

blanco! ¡Aun viviendo tantos años, tiene miedo de algo! ¡Nosotros, los más jóvenes, somos más valientes! —gritaron los cuartos.

—¡Abajo con el cobarde!

—¡Fuera con él!

—¡Abajo con el cobarde!

La masa enfurecida de jóvenes y heroicos ciudadanos se precipitó hacia el viejo endeble y en su furia empezaron a pegarle y a tirar de él.

Solo le soltaron por su vejez; de lo contrario, lo habrían apedreado.

Todos juraron y acordaron que al día siguiente restituirían el honor del nombre de su pueblo y que aguantarían heroicamente.

La asamblea se disolvió en perfecto orden. Al salir, se podían escuchar las voces:

— ¡Mañana veremos quiénes somos!

— ¡Mañana veremos a muchos de los farrones!

— ¡Ha llegado el momento de mostrar quién vale y quién no, y no permitir que cualquier escoria alardee de valiente!

*

Volví al hotel.

—¿Has visto quiénes somos? —preguntó orgullosamente el mesonero.

—Lo he visto —respondí mecánicamente y sentí cómo me fallaban las fuerzas y cómo mi cabeza retumbaba de impresiones extrañas.

El mismo día leí en su periódico un editorial con el siguiente contenido:

«Ciudadanos, ¡ya es hora de que cesen los días de vacías alabanzas y jactancia sobre todo tipo de cosas por nuestra parte! ¡Ya es hora de que se dejen de apreciar las palabras vacías, que tenemos en abundancia, destacando supuestas virtudes y méritos! ¡Ya es hora, ciudadanos, de poner, de una vez por todas, esas palabras en práctica y de comprobar realmente quién vale y quién no! Sin embargo, afirmamos que entre nosotros no habrá cobardes vergonzosos, a los que el gobierno



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

tenga que arrastrar por la fuerza al lugar donde serán marcados con el sello. Cualquiera que sienta dentro de sí incluso una sola pizca de la sangre caballeresca de nuestros mayores, se esforzará a todo coste por soportar, cuanto antes y con orgullo, las penurias y el dolor, porque ese es el dolor santo, esa es la víctima que nuestra patria y el bien general de todos exigen. ¡Adelante, ciudadanos, mañana es el día de la prueba caballeresca!»

Ese día mi mesonero se fue a acostar justo después de la asamblea, para al día siguiente poder llegar cuanto antes al lugar fijado. Por otro lado, mucha gente se fue inmediatamente al juzgado para conseguir el mejor sitio posible.

Al día siguiente fui yo también al juzgado. Toda la ciudad estaba allí, tanto la gente mayor como los críos, tanto hombres como mujeres. Algunas madres llevaban a sus hijos en brazos para que les marcaran con el sello de esclavo, es decir, el sello de honor, para que así, el día de mañana, pudieran tener el privilegio de los mejores puestos de funcionarios.

Allí había empujones, palabrotas —en eso se parecían un poco a nosotros, los serbios, y me alegré por ello—, forcejeo para llegar antes a la puerta. Algunos incluso llegaron a las manos.

Los sellos los ponía un apuesto representante oficial vestido de blanco, en traje de gala, reprimiendo tranquilamente al pueblo:

—¡Despacio, por el amor de Dios, todo el mundo tendrá su turno, no sois ganado para forcejear así!

Ya había comenzado el marcado. Algunos gritaban, otros solo sollozaban, pero ni una sola persona aguantó sin soltar un gemido mientras estuve presente.

No pude observar por mucho tiempo aquella tortura y me fui al mesón: algunos ya estaban sentados allí comiendo y bebiendo.

—¡Bueno, eso ya está hecho! —dijo uno.

—Ahora que lo dices, nosotros no nos quejamos mucho, pero Talb estaba chillando como un burro —dijo otro.

—¡Ahí tienes a tu Talb, ayer le queríais de presidente de la asamblea!

—¿Quién podía suponer...?!

Conversaban, gemían de dolor y se revolaban, pero se escondían unos de otros, porque nadie quería avergonzarse mostrándose cobarde.

Kleard quedó deshonrado por haber gemido, mientras que un tal Lear destacó notablemente pidiendo que le pusieran dos sellos sin quejarse ni una sola vez. Toda la ciudad hablaba solo de él, con el mayor de los respetos.

Algunos huyeron y merecieron el desprecio de todos.

Unos días después, paseaba aquel con dos sellos en la frente con la cabeza recta, con mucha dignidad y soberbia, lleno de gloria y orgullo, y por donde pasaba todo el mundo se inclinaba y se quitaba la gorra ante el héroe del momento.

Las mujeres, los niños, la gente, todos corrían detrás de él por las calles, para poder ver al héroe nacional. Donde sea que pasaba, se escuchaba un susurro lleno de temor reverencial.

—¡Lear, Lear! ¡Es él! ¡Él es aquel héroe que no soltó ni un solo gemido mientras le ponían dos sellos!

Los periódicos escribían sobre él, cubriéndole de alabanzas y gloria.

Y así se ganó la estima popular.

*

Oía aquellos elogios por todos lados y fue entonces cuando despertó en mí la heroica sangre serbia. Nuestros héroes de antaño también morían en las estacas por su libertad. Nosotros también tenemos nuestro pasado heroico y nuestro Kosovo. Me embargó por completo el orgullo nacional y la vanidad de



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

reivindicar la gloria de mi pueblo, me lancé hacia la corte y dije en voz alta:

—¿Qué, estáis glorificando a vuestro Lear? ¡Vosotros no habéis visto lo que son los héroes! ¡Vais a ver lo que es la sangre caballeresca serbia! ¡Ponme diez sellos, no solo dos!

El oficial del traje blanco acercó el sello a mi frente y yo me estremecí. Me desperté del sueño.

Me froté la frente con temor y me santigué asombrado por las cosas que uno puede llegar a soñar.

«¡Estuve a punto de enturbiar la fama de aquel Lear suyo!», pensé y me di la vuelta al otro lado muy contento, aunque la verdad es que me dio pena no haber acabado el sueño por completo.



Svetolik Ranković

En el siglo XXI

«Fanfarria... ¡Hurra!... Arriba, abajo, al centro, *pa* dentro... La madre dio a luz al héroe... Gaudeamus... A la pequeña Malena» y mil maravillas más resonaban en mis oídos, mientras que en mi cabeza se montaban un bullicio y una escandalera mucho más tremendos que todos los espectáculos verbeneros. Que conste que no tengo nada que ver con las verbenas y, por lo que sé, queda ya lejos su momento. Empero, la cosa es muy simple. Acababa de volver del *patarice*¹ de un compañero mío, me acomodé en la cama y fue entonces cuando empecé con la ya familiar costumbre de dar vueltas, propia de las personas que llevan unas copas de más.

Nada más empezar, debo explicar a los lectores que mi espíritu es muy propenso a las reflexiones, especialmente a las que tienen que ver con el futuro de la humanidad. Dadas las circunstancias, no sorprende que mi espíritu, al encontrar una tierra tan fértil para ese tipo de ejercicio, se hubiera puesto con ello. No sé cuánto tiempo duró esa noble gimnasia de mi mente, pues de pronto me di cuenta de que había amanecido. Me extrañaba que el chico no me hubiera despertado sabiendo que los lunes tengo tres clases por la mañana. Esperé un rato y, al ver que nadie me llamaba y que ya se acercaba la hora de ir a trabajar, me levanté y en un santiamén me vestí y salí de casa.

Caminaba lentamente, mirando a mi alrededor, y solo un rato después levanté la cabeza y me quedé mudo de asombro.

—¿Dónde estoy?! ¡¿Qué es esto?! —dije en voz alta y me froté los ojos.

Delante de mí, en lugar de las conocidas casitas provincianas, aparecieron como colo-

sos unas mansiones y unos palacios gigantescos. Por encima de mí se oía una especie de silbido constante, parecido al de una locomotora. Levanté la cabeza y me quedé todavía más estupefacto. Por todo el cielo azul se entrelazaban, a una velocidad increíble, unos objetos para mí desconocidos, moviendo con idéntica fuerza sus grandes y largas alas. Noté que había personas en ellos. Me di la vuelta una vez más y me sobresalté.

—¿Acaso no serán esto la resaca y los efectos de mi noche anterior? —me pregunté a mí mismo. Si no estoy del todo sobrio, no debería ni asomarme a la escuela.

Me froté los ojos, la frente, las mejillas, finalmente me pellizqué y examiné mejor mi estado. El resultado de esta exploración era claro e indiscutible: estaba despierto; en pleno dominio de mis facultades mentales; ni rastro de borrachera.

Sabía que para llegar al colegio desde mi piso tenía que dar ciento nueve pasos por una calle recta. Calculé más o menos cuántos pasos había dado hasta entonces, seguí adelante y empecé a contar...

—Sí, este es; este es mi colegio. Porque conozco todos los pilares corintios y esa inscripción en ellos. La verdad es que el colegio también me parece diferente, pero lo reconozco.

Entré. Un silencio sepulcral, mientras mis pasos resonaban a los pies de los pilares altos como truenos. Se me cruza delante un señor muy bien vestido.

—¡Tranquilo, tranquilo, por el amor de Dios! —me dijo en voz alta. Me paré, pero no sabía qué decirle. «¿Qué hace él aquí?», pensé... Quizás se podría tratar de un compañero nuevo. Sin embargo, en ese caso él tendría que presentarse a mí y, no obstante, su comportamiento mostraba que él se encontraba aquí en su lugar. Me acerqué y le pregunté educadamente:

—¿Podría saber su nombre?

¹ El segundo día de celebración del santo de la familia, el día que visitan la casa todos aquellos que por diferentes razones no hayan podido asistir el primer día festivo familiar. (*Nota de la traductora*).



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

—Persa Mitrović —respondió y me miró con asombro—. Pero, si me permite preguntarle... ¿Qué quería usted?

—Pues... Verá... Me parece que yo pertenezco a este colegio.

Su cara mostró suma sorpresa.

—¿Me podría indicar su honorable nombre?

—Profesor Nikolić —le respondí.

—¿Empero...?

—Empero nada más.

—Pero, por favor, ¿qué pasa con el profesor Nikolić?

— Heme aquí, ante usted. Yo soy el profesor Nikolić.

—Ja, ja, ja... —se rio el figurón y me miró con atención aún mayor. Juzgando por su mirada, diría que dudaba de mi sano juicio. Esto me enfadó.

—Señor —le dije—. Yo soy Nikola Nikolić, profesor de este instituto. Ahora tengo la primera clase de latín con los de séptimo y, por lo tanto, no tengo mucho más tiempo para charlar con usted—. Y me dirigí hacia el despacho.

—Pase por esa puerta, por favor —me dijo y me llevó a la habitación que hasta ayer servía de gimnasio, pero me quedé perplejo al encontrarme en un tocador señorial en el que estaba sentada una delicada dama.

Mientras me recuperaba de la sorpresa, el figurón se acercó a la dama y empezó a contarle algo. Ella me miró con asombro y preguntó:

—Le pediría, por favor, señor, que me dijera su honorable nombre y el motivo de su visita.

—Señora —le dije—. Todo lo que veo en este colegio me asombra tanto que realmente no sé cómo responder a esa extraña pregunta suya. A mi parecer, tendría yo más motivo para preguntarle a usted cómo ha llegado us-

ted aquí, cómo ha llegado ese señor y por qué hay tal silencio en el colegio cuando ya son las ocho.

Fue entonces cuando saqué mi reloj y miré la hora.

Los dos abrieron literalmente la boca en señal de sorpresa cuando vieron mi reloj de plata. Se miraron seriamente y la señora dijo:

—Qué antigüedad más bonita del siglo XIX.

—¿A qué se refiere usted precisamente, señora? —le dije.

—A ese reloj suyo del siglo XIX. Como bien sabemos, en los siglos pasados se usaba enormemente.

—En la medida en la que yo, como profesor, conozco la historia de la cultura europea, el uso de este cacharrito se generalizó en nuestro actual siglo XIX...

—Señor, ¿en qué siglo vive usted? —me interrumpió ella.

—Ja, veo que es usted muy amiga de bromas, señora. Empero, se lo voy a decir en serio, ya que no me apetecen estas gracietas. Ayer por la noche, cuando me fui al atracón de mi compañero Trajko Stojković, era el día 8 de enero de 1895, es decir, el siglo XIX. Y, si esta noche ha habido un trastorno de siglos... ya no me enteré.

—Por favor, su nombre.

—Nikola Nikolić, profesor de latín.

La dama de repente se estremeció, se frotó la frente, abrió un libro gordo y lo miró.

—Sí, efectivamente, en 1895, en este instituto, un tal Nikola Nikolić enseñaba latín. Es el hijo...— Y así esa señora empezó a leer toda mi biografía. Pero cuando se saltó el año 1895 fue cuando se apoderó de mí una sensación de terror. Y así empezó a enumerar mis futuras hazañas y terminó: «Murió en 1953 a avanzada edad...».

—Así que es usted nuestro famoso traduc-



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

tor...— Y ahí empezó a enumerar a Sófocles, Tácito, Cicerón, mientras yo la escuchaba y la miraba sin saber qué opinar de todo ello. Al final, le pregunté:

—Por favor, señora, ¿en qué siglo estamos?

—En el siglo XXI.

—¿Y el año?

—2095.

—¿Quién es usted y qué es lo que hace?

—Yo soy Ljubomir² Ljubinčić, el director de este instituto.

—Así que... ¿Este es un instituto para mujeres?

—No existen institutos para hombres, señor. Empero, ya veo que tendríamos que hacernos demasiadas preguntas para aclararnos bien y todo eso sobra. Enseguida le explicaré todo. Veo que realmente es usted un hombre del siglo XIX y que todo eso que ve aquí le tiene que parecer muy extraño. Hoy en día, señor mío, toda nuestra tierra se encuentra en una situación muy distinta. Sin embargo, hay que empezar por nosotros mismos, por aquel método suyo tan antiguo, del siglo XIX: de lo conocido a lo desconocido. Así pues, antes que nada, por nuestra educación. Gracias a una vida longeva, una gran experiencia, un enorme conocimiento y una energía desmesurada de nuestro excelentísimo señor ministro Andra, el japonés, el único contemporáneo nuestro que ha llegado a los años de Matusalén...

—¿Qué, señora?! ¿Todavía vive Andra, el japonés?!— voceé de asombro y sorpresa.

—Sí, señor. Vive y vivirá durante siglos para suerte de la academia serbia y para fortuna de sus representantes. Ustedes, sus contemporáneos, no sabían apreciar y cuidar su tesoro más valioso: la providencia con la que

se obsequió a nuestro país. Ustedes lo echaban de instituciones de educación superior, mientras que hoy, por todo lo que va a ver usted, solo podemos sentirnos agradecidos por su mente colosal y su voluntad de hierro.

—Señora— la interrumpí—, usted mencionó que no existían los institutos para hombres. Entonces ¿puede, por favor, explicarme en qué instituciones se educan los futuros profesores, jueces, médicos, oficiales del ejército, ingenieros y demás funcionarios?

—Aquí, en estos institutos para mujeres y luego en las universidades...

—¿Y?

—Y nada... Todas esas funciones ahora las ejerce el sexo femenino, al que ustedes, los retrógrados del siglo XIX, habían tiranizado y, con una educación artificial y antinatural, habían privado de todas las capacidades con las que la naturaleza le ha premiado en abundancia. Sin embargo, nuestro excelentísimo señor Andra cambió todo esto y ahora nosotras hacemos todo aquello que en su día hacían ustedes...

—¿También el servicio militar?

—No tenemos ninguna necesidad de ello, porque ya no existen aquellas desafortunadas guerras suyas.

—Muy bien... Pero, ¿en qué manos está la protección del progreso mundial?

—En las nuestras.

—¡Ah!

—¿Le parece curioso? Sin embargo, debería saber que nosotras no somos ahora el sexo débil o el sexo tierno, sino que hemos evolucionado y perfeccionado nuestra capacidad física. Por favor, véalo usted mismo.

En el mismo instante, este elegante director vestido con falda agarró al señor Persa por el medio, lo lanzó hacia arriba y le cogió con una sola mano. El señor o, mejor dicho, la señora Persa, bajó las pestañas con timidez y

² Se trata de un nombre típicamente masculino. [Nota de la traductora].



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

empezó a respirar aceleradamente, como una moza de nuestro siglo después de un beso tierno.

—Raro es que el señor Andra no haya cambiado de indumentaria: según lo visto, diría yo que esta señorita debería llevar sus faldas y ustedes las calzas.

En ese momento, el señor director sonrió muy galante y bajó la mirada.

—En fin... Sabe, eso es lo que el señor ministro quería, pero, desgraciadamente, la propia organización de nuestra naturaleza impidió la realización de tan magnífica intención suya.

—Hmmm... Entiendo...

—Al fin y al cabo, eso no nos impide ser mejores que ustedes en todas las tareas que solían desempeñar antes.

—¿Me podría decir qué razones llevaron al señor ministro a un cambio tan peculiar?

—Antes que nada, señor, no existe aquí ninguna peculiaridad: se ha hecho lo que exigía la justicia de la humanidad; ustedes tomaron las riendas del destino del pueblo durante miles de años y, por lo tanto, nos dimos cuenta de que ello había perjudicado a toda la humanidad. Ahora nos toca a nosotras. Esto fue la consecuencia lógica del desarrollo histórico de la humanidad. Empero, otras razones llevaron al señor ministro a esa célebre medida. Le cansó la oposición general masculina, su falta de respeto hacia los mayores. Al darse cuenta de que solo él tenía la cabeza en su sitio, de que era capaz de remover el mundo por completo, llegó a una conclusión: que solo él debería pensar y mandar, y que el resto debería hacerle caso incondicionalmente. Al no encontrar una respuesta afirmativa por parte de los hombres, se dirigió a las mujeres, que le ayudaron a llegar a la condición actual, en la que nos encontramos hoy en día. Esta es la gran historia de una lucha larga y dura

que cada uno de nuestros estudiantes conoce hasta el último detalle.

—Ahora estoy especialmente interesado en la siguiente pregunta: ¿Qué tareas tienen los hombres y a qué se dedican ellos aquí?

—Las mismas tareas que teníamos nosotras en el siglo XIX ahora las tienen ellos y hacen los mismos trabajos que antes formaban parte de nuestras obligaciones.

—Pero ¡eso es imposible! ¿Acaso ellos crían y cuidan a los niños?

—Y les cambian los pañales y cocinan, lavan, cosen, tejen, hacen punto, etcétera.

—Así que, mientras sus compañeros enseñan en las aulas, ¿sus maridos están en casa cuidando los niños y haciendo la comida?

—Sí, solo que no hace falta que todos hagan la comida, dado que el Estado se encarga de la alimentación, de la vestimenta y, en general, de todas las necesidades vitales y caseiras de sus profesores.

—¿Eh?

—Sígame, por favor.

Y la señora directora me llevó hacia una puerta que el servicial señor Persa abrió. Delante de nosotros apareció un patio espacioso y en él unos cincuenta vagones con ruedas, muy parecidos a los carros del circo y a la casa de fieras, en los que se transportan los animales. Los carros estaban alineados en dos filas rectas, con muy poca distancia entre ellas.

—Esto es sin duda una colección zoológica —le pregunté.

—Oh, no; estos son los apartamentos para nuestros profesores y sus familias.

—Pero ¿¿que está diciendo usted...!?

—Sí. Nuestro excelentísimo encontró la manera más cómoda para transportar a los maestros según las necesidades del servicio. Cada maestro, según el número de miembros de su familia, tiene entre uno y tres de estos carros con números permanentes. En cuanto



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

alguien hace algo mal, el excelentísimo envía una nota oficial ordenando: «Carro número 324.325, diríjase inmediatamente a Loznica para el servicio permanente». El maestro reúne enseguida a su familia, se sienta con ellos en el carro, abre el aparato eléctrico y... adiós. En un día tiene que estar en Loznica. Cuando el excelentísimo está muy enfadado, ordena que el culpable sea transportado en barco aéreo a su nuevo destino. Muchas veces ocurre que alguien desayune en Kragujevac y coma en Knjaževac.

—¡Una idea genial!— exclamé asombrado.

Me acerqué a observar aquel milagro. El director pulsó el botón en uno de los carros; las puertas se abrieron y en el umbral apareció un señor guapete y elegante que sujetaba un crío en los brazos.

—Oh, señora Milka³ —exclamó el director—. Perdone que la moleste. Este es el señor Nikolić, profesor del siglo XIX, un contemporáneo de nuestro excelentísimo.

El señor Milka hizo una elegante reverencia y dijo:

—Un especial placer. Entren, si les place. Todavía no he acomodado todo, pero ustedes me disculparán.

Subimos las escaleras y, al entrar, noté que el director había pellizcado al señor Milka, por lo cual este bajó la mirada y se ruborizó. Noté que el director no era del todo indiferente a la tierna mitad de su maestro subordinado.

Empecé a examinar aquella creación ingeniosa de nuestro célebre contemporáneo. Un vagón sin más, revestido de cuero, decorado con gusto con un mueble y unas sillas de dormitorio.

—Esta es la alcoba —me explicó el director—. Tienen un compartimento parecido para la cocina y el comedor. El marido de la señora es maestro de quinto rango, pero, gracias a su modesto y hábil talante, ya se ha ganado una subida de sueldo que pronto recibirá. Será entonces cuando tenga derecho a otro compartimento más para las celebraciones.

No estaba ni lo más mínimo interesado en este ejemplar a mi «imagen y semejanza» y, por lo tanto, quería que saliéramos y echáramos un vistazo al resto de los carros.

Cuando nos alejamos de la primera fila, el director sacó un silbato y pitó. Se abrieron las puertas de muchos carros y de todos lados asomaron caras asustadas. El director gritó algo y enseguida ordenó:

—¡La primera fila delante!

De repente se movió la primera fila entera y se dirigió hacia nosotros.

—La segunda fila a la izquierda.

Y estos se dirigieron a la izquierda.

Empezó toda una maniobra en el patio del colegio, durante la cual el director parecía ser un almirante naval...

—Así es como nosotros organizamos las excursiones conjuntas al campo y, en general, así nos organizamos cuando dejamos la ciudad. Lo hacemos todos juntos. De este modo disfrutamos la oportunidad de tener a todos los funcionarios bajo vigilancia continua. Y así no se dan casos de oposición al gobierno.

—Usted acaba de mencionar una suerte de infracciones de los maestros. ¿De qué tipo son?

—Ya sabe... Los sucesos inmorales habituales. Independientemente de lo mucho que se esfuerce el excelentísimo por inculcar una moral absoluta, ocurre que, por ejemplo, algún maestro contemple de manera seductora al sexo tierno... Y ya sabe.

³ Un nombre típicamente femenino. En diferentes contextos cambian las designaciones femeninas y masculinas para los mismos personajes. (*Nota de la traductora*).



La pérdida del aoristo: dos cuentos serbios de anticipación

Al decirlo, el señor director se quedó confuso, porque la señora Milka le lanzó una significativa mirada... Para disimular la confusión, le pregunté:

—Sin duda, ¿del mismo modo están organizadas las demás instituciones estatales: los juzgados, la policía, los ministerios, el servicio postal, etcétera?

—Sí, gracias al excelentísimo. Al principio, el ejemplo de este orden lo proporcionaban los colegios, pero después, poco a poco, nuestro sexo ocupó una especialidad de la dirección central, hasta que tomó las riendas de todo el aparato estatal. Y, gracias a Dios, ahora está yendo sobre ruedas.

—Sin duda, ¿esto llevó a que nuestra literatura y nuestro arte hayan dado un fundamental paso adelante? El progreso se nota, me imagino, en todo el país.

—La literatura y el arte son cuestiones del todo insignificantes para nosotros. La felicidad y el bienestar de todo un pueblo no radican en su progreso intelectual e cultural, como antaño solían pensar, sino en el transcurso vital regular y tranquilo: cuando tenga todo lo que necesite para vivir (comida, bebida e indumentaria) y cuando nadie interrumpa mi paz interior, entonces ahí estará la verdadera felicidad...

—Ah —la interrumpí—. Nosotros solíamos llamar a aquello «la vida primitiva». Le proporcionábamos al hombre unos objetivos mucho más elevados...

—Estaban equivocados.

—Bien, pero ¿para qué entonces los cole-

gios, ya que no aportan nada a la felicidad humana, tal y como ustedes la determinan?

—Solo para las necesidades estatales; de otro modo, claro está, no son necesarios.

Sonreí y la seguí hacia la escuela.

Entramos en un aula. Una hermosa dama enseñaba Historia del renacimiento serbio. Así llamaban a la época que va del siglo XX hasta el actual siglo suyo. No me atrevo contar las cosas que he visto y he oído allí. Bueno, nos hicieron parecer peores que los animales. No pude aguantar más, sino que me acerqué y dije en voz alta:

—Niños, esta señora miente. Nada de eso se acerca siquiera a lo que ocurrió en el siglo XIX. Yo vengo de ese siglo y os lo puedo contar de primera mano.

Sin embargo, se montó de repente tal tumulto en el colegio que ni siquiera San Elías podría haberle puesto orden.

—Dios, ¡qué maleducado! —exclamó la directora.

Los estudiantes empezaron a chillar y gritar. Sentí que decenas de manos me cogían por la cabellera, pero afortunadamente en ese mismo instante atronó y cayó un rayo en medio del colegio. Me caí y me desperté. El chico aporreaba la puerta con ímpetu y gritaba:

—Levántese, por el amor de Dios. Casi son las ocho. Va a llegar tarde al colegio.

Esta palabra me espabiló mejor que cualquier ducha. Miré a mi alrededor y, cuando noté que estaba en mi bonito cuarto, salté de alegría.

—¡Gracias a Dios, no estoy en el siglo XXI!